

ALMA DE ANTIPODA

No sé si empezar por el ejemplo o dejarlo para lo último. El ejemplo tiene una cosa buena: que es verdad. Y la verdad, aunque no siempre se pueda citar como ejemplo a imitar, es siempre ejemplo de lo que sucede en este mundo nuestro.

—Si pudieras hacer un viaje, sin límite de tiempo ni dinero, ¿qué país del mundo preferirías conocer?

He hecho una breve encuesta entre doce amigos. Doce es un número bonito y socorrido, en el que se funda un sistema, sino tan científico como el fundado en el diez casi tan usado. En fin, que el Japón tuvo dos votos. Los otros diez votaron por países distintos: Australia, Nueva Zelanda, Méjico, Ceylán... Todos países lejanos, de otros continentes. La vieja Europa no fué mencionada. De Africa sólo se citó Egipto.

Me gustaría ahora poder hacer la breve encuesta al revés. Ir al Japón, conseguir doce amistades y preguntarles uno a uno:

—Si pudieras hacer un viaje, etc... ¿qué país del mundo preferiríais conocer?

¿Sería imposible que uno o dos japoneses citaran España? Yo cre que no. Y repetida después la encuesta en Australia, Nueva Zelanda, Méjico, Ceylán... ¿cuántos lejanos antípodas nos contestarían que el país preferido de su sueño viajero es España? No lo sabemos. Pero nado nos impide pensar que podrían ser algunos; que este país nuestro en donde hemos nacido y vivido, en donde están nuestras raigambres y nuestros amigos y en donde vagan los fantasmas de nuestro recuerdo, es el país soñado por cualquier habitante del Japón, de Australia, de Nueva Zelanda, de Méjico....

De aquí, sin brusquedad pasaríamos al tema del impulso viajero. No se sabe si es el deseo de conocer otros países o el deseo de evasión de una rutina de formas y de gente. Hay quién siente esta

rutina como un daño. Hay quien no. Quien, al contrario, sólo halla su equilibrio ante la repetición diaria de un paisaje amado y de unos rostros y voces cuyos gestos e inflexiones conoce todos. Este, sin duda, es el que está más cerca de la satisfacción.

El ejemplo es así: Me visita un escritor sudafricano, recomendado por un editor a quien interesan nuestras cosas. Le debo una tarde agradable. El sudafricano es hombre de mundo y de conocimientos y habla sin esfuerzo de lo que ha visto y de lo que sabe. Viajero empedernido, tal vez corre el peligro de limitarse a explicar lo que ha visto, sin esforzarse en explicar nada de lo que ha pensado.

Antes de llegar a Barcelona el sudafricano ha estado un mes entero en la Costa Brava, concretamente en Tossa. Fué allí para ocho días y se quedó un mes. Habla francés tan mal como yo y nos entendemos bien. Es la primera vez que trato a un vecino de la Ciudad del Cabo. Le pregunto cuanto se me ocurre acerca de idioma, costumbres, razas, ideas... Me contesta a todo por encima, como si temiera fatigarme con detalles inútiles. Y, como movido por un resorte, aprovecha cualquier hueco para dar la vuelta al tema y hablarme de nuestra maravillosa Costa Brava y, sobre todo, Tossa que es lo único que conoce bien.

—¡Es que no hay nada mejor en el mundo!

Comprendo la abundancia de su corazón, me parezca justificada o no, y le dejo hablar a su aire. Me cuenta su vida en Tossa: que madrugaba para ver llegar unas barcas, que todas las mañanas se hartaba de sol y de mar, que comía más a gusto que en el mejor hotel de Calcuta o de Addis Abeba, que todas las tardes permanecía absorto en la contemplación del paisaje hasta la decadencia del día, que recibía la noche dando

un largo paseo por los caminitos entre el mar y la tierra...

En fin, que su más cordial referencia del mundo fué un himno a la belleza de un rinconcito de nuestro país, cuyos perfiles y luces le habían transfigurado el mudo interior. Y entonces pienso: «Bien; y el caso es que este hombre me está describiendo una belleza casi mía, que tengo casi a mano, total a menos de cien kilómetros, un sitio donde puedo entenderme con todo el mundo sin el esfuerzo de silabear otro idioma, cuyas tradiciones y leyendas me sueñan a cuento aprendido en la infancia, cuya poesía es uno de los ingredientes de mi natural sensibilidad. Al despedirle le doy las gracias:

—He aprendido mucho de su conversación.

Sin decirle cual había sido la mejor lección. La verdad se ha de decir pero no toda; y la que se dice se ha de disfrazar en atención a las circunstancias, señoras mandonas del mundo. No creo que decir ahora cual es la lección callada, añadiera nada a lo que piensa el lector.

Noel CLARASÓ

De «La Vanguardia Española»



Representante exclusivo para la Comarca

MIGUEL SALA

Uralita - Azulejos
Artículos Sanitarios

C/le Muelle, 9 y 11-Teléfono 89

PALAMOS

Encorralada en Barcelona

Perelló en Argos

Amasijo de telas, masas agónicas, abundante pasta, temas que en el espíritu saben a lo mismo, luces a las que niega el artista toda forma de vida por obra de sus empastes densos y anodinos. Perelló no ha alcanzado aún una conciencia de esteta en la cual se desarrolla fecunda una personalidad que aspire a algo en el campo del arte.

Una sola exposición había realizado dicho pintor en Barcelona, esta es pues la segunda. Ha llovido mucho desde su primera, la cual no vimos, pero por lo que en esta nos muestra imaginamos su estructura. Catalán adscrito a la escuela castellana, así han hablado de él algunos críticos barceloneses, ya que tiene su residencia en Madrid, pasando buena parte del año en la capital. Cuando se habla de escuela castellana actual debemos referirnos a Vázquez Díaz, Palencia y Ortega Muñoz y de estos artistas no hay nada en los lienzos de Perelló como no sea un aliento de alcanzar entronque con los citados maestros del centro.

Su pintura, materializada, con una pesadez de la que le será difícil salir, nos ofrece la experiencia de quien fuerza la máquina de la aprehensión artística.

Lo peor de la exposición son unos retratos con los que el artista no debiera haber contado nunca para exponer en Barcelona.

Por su graduación de matices no le favorece en absoluto la densidad física de su pintura. A Perelló le envuelve un baho de halagos de los que le será difícil salir ya que es más fácil pintar entre los halagos de una crítica servil que entre los duros embates de la crítica adversa que crea opiniones desfavorables y que entre las mismas el artista se siente apoyado por una minoría que será el basamento de su próximo triunfo.

De Perelló no podemos decir nada más, como no sea que entre sus obras hay algunas de la Costa Brava y más concretamente de San Feliu; de ellas la mejor el núm. 15 que lleva por título «Cala Ametller (San Feliu de Guixols)».

C. B.